

# El brigadier Osorio en nuestras letras

MARIANO OSORIO entró a la literatura chilena conduciendo, briosamente, su caballo de general, en las primeras páginas de "Durante la Reconquista", de don Alberto Blest Gana. Escribe Blest: "Había entrado en son de conquista en la capital al frente de sus tercios vencedores". Estas primeras páginas de la gran novela histórica contienen riquísimos filones para el comentario. Desde luego, su primer capítulo se encuentra lleno de relucientes y trotos de caballo. Todo el espectáculo se afirma en estribos. Los jefes españoles, deseosos de impresionar al pueblo, se esforzaban "por hacer caracolear sus caballos", olvidados, por el vértigo del triunfo, de que los chilenos poseían ya una firme y admirable tradición de jinetes, venida de los tiempos bravos. Vieytes y Felipe León, dos caballistas ahora legendarios, realizaron, durante el siglo XVIII, verdaderas proezas sobre sus cabalgaduras. El padre Miguel de Olivares los pondera, contando cómo "doman los potros del todo, antes indómitos, no sólo sin rienda ni silla, pero con las manos atadas atrás", razón suficiente para admirarlos en su condición de centauros.

¿Qué opinaba, en tanto, el pueblo de Santiago

delante del vano aparato de los oficiales montados? Sonreía, pícarosamente, porque ahí "sobraban los entendidos en materia caballar" y nadie se engañaba respecto a las intenciones de aquellos actores, fulgurantes en sus galones.

La Reconquista se comenzó con una procesión. La imagen principal fue allí, naturalmente, la de Nuestro Señor Santiago, patrono de la capital. El ande que lo conducía, a merced que avanzaba, se bamboleaba peligrosamente, a causa del "paso desigual de los portadores". Nuestro Señor Santiago cargaba un piafante corcel, amenazando rodar al suelo. En este momento revientan las primeras "talladas" nacionales en nuestras letras. Es mérito de Blest. El pueblo, anhelando vengarse de la soberbia que se le venía encima, no calla y, donosamente, previene al Santo, con frases que aún usamos los chilenos en estos casos:

"—¡Apárrese, patrón; no hay que comprar sitio por nada!"

"—¡Eso es, ya se le elaboró el manco; sujétele la rienda, peñoncito!"

"—¡Clávese espuela, señor; no le deje crír maldad!"

Garrido desahoga el de esos "rotos" sumbomes! Exclamamos en este capítulo, a una o dos líneas, además, de la primera alusión peyorativa al pueblo judío que leemos en libro chileno. Unas bestias que escuchan este bombardeo de advertencias socarronas no resisten su indignación y explotan contra los "rotos", llamándolos, con molestia: "¡Si serán perros estos rotos judíos!"

En "42 Prisioneros", de Edmundo Vega Miquel, volvemos a encontrarnos con Osorio. Vega Miquel narra con sencillez, como podándonos sombra a las palabras. Su novela histórica adquiere, bienamente, los rasgos de un documento, favorecido por sabia iluminación de interés. Estos "42 prisioneros" son los que Osorio deportó a la isla Juan Fernández, desamparándolos allí, por espacio de tres años. Es el lapso que cuenta Vega Miquel, cuyo antecedente mayor no serían ni los Amunátegui, ni Barros Arana, ni Vicuña Mackenna ni Encina, ni lo que Juan Egaña, autor de "El chileno consolidado en los presidios". Egaña fue el cronista heroico de

estas penurias; sus testimonios conmueven hoy como en su tiempo: son cuadros desesperantes, apérricos, amargos, pestilentes. A la soledad y al hambre uníase, aliado del rigor español, los feroces ratones de la isla, que circulaban, asquerosamente, a lo largo del libro de Egaña.

"Ropa, trastos, víveres, todo lo desplazan, o lo arrastran a sus cueros, siendo aun más terribles los incendios a que estamos expuestos, porque al menor descuido arrebaban las relis encendidas".

¿Cómo presenta Vega Miquel a Osorio? De "gallarda figura", agregando que: "Era alto, delgado, bien conformado. En la piel tostada de su rostro se destacaban los ojos grandes y negros, que tenían un mirar inteligente y enérgico. Una sonrisa irónica se dibujaba suave y permanentemente en sus labios, ocultando el fondo sentimental de su espíritu". Encina, yendo al interior del brigadier, lo señalaba como "un hombre ecuaníme y magnánimo". Tales prendas lo perdieron ante Fernando de Abascalcá, virrey del Perú. Este lo relevó del cargo, a poco más de un año de servirlo, y nombró en su reemplazo a Castiño Marced del Pont. Marced del Pont y el capitán Vicente San Bruno forman las trombas de la odiosidad española contra los "insurgentes" de Chile.

Una acusación persiste respecto a Marced del Pont; su afeminamiento. ¿Puede esto verdad? Joaquín Edwards Bello no lo juzga así; lo defiende, argumentando que "le dieron fama de afeminado, simplemente por su limpieza, su elegancia, y el pecado de haber traído ciertos adelantos a una ciudad cuyo estado era indescribible a causa de su atraso y suciedad". ¿Cuáles fueron estos adelantos traídos por Marced del Pont? Escupideras, peines y cepillos, "jabones finos, y algún carruaje con vidrios". Para San Bruno el juicio no es menos simpático. Edwards Bello lo diseña con tintas cordiales, revelando su "gancho" con las mujeres. En cuanto a los "talaverales", recuerda que eran garbosos y atractivos, y que el pueblo les dio tratamiento de don hasta a los soldados rasos. Varios "talaverales" casaron con chilenas (1).

Las citas corresponden a libros Zig-Zag, N. de la R.

## El brigadier Osorio en nuestras letras [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

El brigadier Osorio en nuestras letras [artículo] Andrés Sabella.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile